



**COMILLAS**  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

**La normalización de la violencia en Mexico como fenómeno social:  
Narcotráfico, medios y percepción**

Autora: Diana Paola Sanchez Garate

Director: Gregorio Muñoz Gómez

Madrid

2025/2026

<b>RESUMEN .....</b>	<b>2</b>
<b>ABSTRACT .....</b>	<b>3</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>4</b>
<b>METODOLOGÍA .....</b>	<b>6</b>
<b>OBJETIVOS.....</b>	<b>7</b>
<b>MARCO TEÓRICO .....</b>	<b>7</b>
<b>VIOLENCIA Y PERCEPCIÓN DE INSEGURIDAD EN MÉXICO .....</b>	<b>7</b>
<b>NORMALIZACIÓN Y DESENSIBILIZACIÓN ANTE LA VIOLENCIA.....</b>	<b>9</b>
<b>NARCOTRÁFICO Y CONSTRUCCIÓN CULTURAL DE LA VIOLENCIA .....</b>	<b>11</b>
<b>REPRESENTACIONES MEDIÁTICAS DEL NARCOTRÁFICO .....</b>	<b>13</b>
<b>NARCOCORRIDOS Y MÚSICA POPULAR .....</b>	<b>13</b>
<b>SERIES Y TELEVISIÓN .....</b>	<b>15</b>
<b>NOTICIEROS .....</b>	<b>17</b>
<b>REDES SOCIALES.....</b>	<b>18</b>
<b>JUVENTUD Y CONSUMO MEDIÁTICO DE LA VIOLENCIA.....</b>	<b>19</b>
<b>DISCUSIÓN.....</b>	<b>21</b>
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>28</b>
<b>REFERENCIAS .....</b>	<b>30</b>

# Resumen

La violencia en México constituye un fenómeno complejo que no puede comprenderse únicamente a partir de indicadores delictivos. Además de su dimensión material, la violencia también se configura a través de procesos culturales, simbólicos y mediáticos que influyen en la manera en que la sociedad la percibe e interpreta. El presente trabajo analiza cómo el narcotráfico y sus representaciones mediáticas contribuyen a la normalización de la violencia entre jóvenes en México.

Para ello, se realizó una investigación cualitativa basada en revisión bibliográfica y análisis de distintos espacios de representación cultural vinculados al fenómeno narco, incluyendo música popular (narcocorridos), series de televisión, noticieros y contenidos difundidos en redes sociales. Asimismo, se incorporaron datos oficiales sobre violencia y percepción de inseguridad.

Los resultados del análisis sugieren que la normalización de la violencia no depende únicamente de la criminalidad real, física y material, sino también de su presencia constante en narrativas mediáticas y culturales que contribuyen a su familiarización social. En determinados contextos, estas representaciones pueden asociar la violencia con elementos como poder, estatus o reconocimiento. Aunque estas narrativas no generan directamente comportamientos violentos, sí influyen en los marcos interpretativos a través de los cuales los jóvenes comprenden fenómenos como el poder, el éxito o el prestigio dentro del entorno social.

# Abstract

Violence in Mexico is a complex phenomenon that cannot be understood solely through crime statistics. Beyond its material dimension, violence is also shaped by cultural, symbolic, and media processes that influence how it is perceived and interpreted within society. This study analyzes how drug trafficking and its media representations contribute to the normalization of violence among young people in Mexico.

The research follows a qualitative approach based on literature review and the analysis of different cultural representations related to the narco phenomenon, including popular music (narcocorridos), television series, news media, and social media content. In addition, official data on violence and perceptions of insecurity from institutional sources such as INEGI were incorporated.

The findings suggest that the normalization of violence does not depend exclusively on actual crime levels, but also on the constant circulation of violent narratives in media and cultural spaces, which contributes to their social familiarization. In certain contexts, these representations may associate violence with power, status, and recognition. Although such narratives do not directly generate violent behavior, they can influence the interpretive frameworks through which young people understand concepts such as power, success, and social prestige within their environment.

# Introducción

Durante décadas, la violencia en México ha dejado de percibirse como una serie de actos delictivos aislados y ha pasado a verse, cada vez más, como parte de la cotidianidad. Este fenómeno de normalización no surge de un solo factor ni ocurre de un día para otro. Se construye gradualmente a través de experiencias directas, relatos compartidos, memoria colectiva y, sobre todo, por la forma en que la violencia circula y se representa en el espacio público. No todos los ciudadanos tienen experiencias directas con la violencia delictiva, pero la presencia constante de narrativas violentas (informativas y de entretenimiento; se verá a lo largo del trabajo la inmensa manera en la que afectan estas últimas) hace que la violencia se vuelva familiar, esperada y, en ciertos contextos justificable, e incluso aspiracional.

Hablar de violencia en México es hablar de un problema que atraviesa lo social, económico, laboral y cultural. A lo largo de los años se ha ido integrando cada vez más en el día a día de los mexicanos. Para situarnos en la realidad actual del país, consideremos que los últimos datos recogidos según el Observatorio Nacional Ciudadano muestran que, para diciembre de 2024, se habían registrado un total de 2,091,776 delitos en el territorio nacional, según las carpetas de investigación abiertas a nivel nacional. Esta cifra incluye delitos tanto graves como otros de menor gravedad: robos, homicidios, trata, violaciones, secuestros, extorsiones... delitos que reflejan con claridad la incidencia delictiva del país.

Dentro de la cifra total, los homicidios registrados alcanzaron un total de 33,241, siendo el principal medio el disparo con armas de fuego (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2025). Estos delitos, en especial con el medio utilizado, se pueden relacionar con otras actividades y grupos criminales.

Por otro lado, y de acuerdo con la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (INEGI, 2025), 50,895 fueron robos, los cuales incluyen robos de vehículo, en

casa habitada y en la calle o transporte público (aproximadamente 40,000 de vehículo; alrededor de 2,000 en casa o vía pública).

En esta cifra total destacan los secuestros, que alcanzaron 94,679 en 2024 (INEGI, 2025). Esto equivale a 71 secuestros por cada 100 mil habitantes, o 259 secuestros al día a lo largo de todo el año.

Estas cifras permiten dimensionar de qué manera afecta la delincuencia a la sociedad mexicana. Al ser cifras tan elevadas, no es algo que se pueda pasar por alto. Se ha convertido en un elemento integrado en la vida de los ciudadanos. No puede considerarse un hecho aislado, sino una realidad incrustada en la dinámica social. Para muchas personas, no son solo estadísticas anuales, sino una parte de su realidad cotidiana.

Sin embargo, este trabajo se basa en la idea de que la violencia también debe analizarse desde su dimensión percibida y representada. La forma en que los medios, la cultura y las narrativas sociales construyen la violencia influye en la percepción de inseguridad y en su integración en la vida cotidiana. Basándose en esto, el trabajo sigue una pregunta guía: ¿cómo contribuyen el narcotráfico y sus representaciones mediáticas a la normalización de la violencia entre jóvenes en México? La intención no es establecer relaciones causales simples, sino explorar de qué manera las narrativas mediáticas y culturales influyen en la percepción social, en la desensibilización y en la construcción simbólica de modelos aspiracionales. En especial en la población joven que se ve rodeada de estas representaciones desde temprana edad.

La violencia en México no puede entenderse únicamente como un problema criminal aislado, sino que está estrechamente relacionada con procesos de desarrollo desigual y con persistentes niveles de desigualdad social. (Teichman, 2012).

# Metodología

La metodología de este trabajo es cualitativa. El objetivo no es medir la violencia únicamente en términos numéricos, sino analizar los significados, narrativas y representaciones culturales que contribuyen a su normalización.

Se hará una revisión bibliográfica y documental que permite construir el marco teórico del trabajo, prestando especial atención a nociones como normalización de la violencia, desensibilización, criminología cultural, representación mediática del delito y construcción social de la inseguridad.

También se incorporará un análisis histórico-cultural del narcotráfico en México, centrado principalmente en el periodo que abarca desde finales de los años setenta hasta la actualidad. El objetivo de esta parte no es elaborar una historia exhaustiva del narcotráfico, sino identificar los momentos clave que permiten comprender su expansión y el surgimiento de la narcocultura como fenómeno visible.

Se realizará un análisis cualitativo de contenido mediático que incluye distintos formatos culturales y comunicativos, como música popular, series de televisión centradas en el narcotráfico, noticieros y contenidos difundidos en redes sociales. Este análisis busca identificar patrones recurrentes en la forma en que se representa la figura del narco.

Se utilizarán datos oficiales sobre violencia real y percepción de inseguridad, provenientes de fuentes institucionales como el INEGI y Observatorio Nacional Ciudadano. Finalmente, análisis se centrará en jóvenes de entre 15 y 29 años.

# Objetivos

El objetivo general de este trabajo es analizar de qué manera el narcotráfico y sus representaciones mediáticas contribuyen a la normalización de la violencia entre jóvenes en México.

Partiendo del objetivo general, y como se ha mencionado, el trabajo busca examinar la evolución histórico-cultural del narcotráfico en México desde finales de los años setenta hasta la actualidad. Busca comprender cómo esta actividad pasa de ser una práctica clandestina para convertirse en una forma de vida aceptada en la sociedad mexicana.

También se analizará cómo distintos medios de comunicación representan la figura del narco y la violencia asociada, incluyendo música popular, series de televisión, noticieros y contenidos difundidos en redes sociales.

El trabajo explorará la relación entre percepción de inseguridad y exposición a narrativas mediáticas violentas, considerando que la percepción social no siempre coincide con la evolución de las cifras oficiales de criminalidad. Por último, se examinará el proceso de desensibilización como posible explicación de la normalización de la violencia.

## Marco teórico

### Violencia y percepción de inseguridad en México

El análisis de la violencia en México suele apoyarse, en primera instancia, en cifras específicas, concretas, como las mencionadas previamente. Las estadísticas oficiales permiten dimensionar la magnitud del fenómeno a través de indicadores como homicidios, robos, secuestros u otros delitos registrados. Estas cifras son centrales para comprender la evolución del fenómeno delictivo. Sin embargo, la violencia no se experimenta socialmente únicamente a través de los datos estadísticos. Para comprender su impacto en la vida cotidiana de manera completa, se debe considerar también la forma en que la violencia es percibida, interpretada y experimentada por la población.

Existen autores que hablan sobre como la violencia en México no puede comprenderse únicamente como una suma de delitos individuales, sino como parte de dinámicas estructurales más amplias. Por ejemplo, Gamlin y Hawkes (2018) sostienen que la violencia en México debe entenderse en un continuo de violencia estructural.

La percepción de inseguridad se construye a partir de una multitud de elementos que van más allá de la pura experiencia de victimización directa. Las personas desarrollan su comprensión de la violencia a partir de relatos compartidos en su entorno social, conversaciones cotidianas, y en general información en espacios públicos. Por lo tanto, incluso quienes no han sido víctimas directas de un delito pueden experimentar una sensación de inseguridad basada en la información e historias vividas de personas a su alrededor. Información que reciben sobre el contexto en el que viven (Jackson, 2006).

Cuando los hechos delictivos adquieren visibilidad en el espacio de la sociedad, su presencia no se limita únicamente al momento en que ocurren, sino que continúa a través de conversaciones, narrativas que se convierten en referencias culturales. A través de estos procesos, los hechos violentos pueden adquirir una presencia social que supera su ocurrencia puntual. Smith y Donnerstein (1998) señalan que la exposición constante a representaciones mediáticas de la violencia puede influir en la forma en que las personas perciben el riesgo, la inseguridad y la amenaza en su entorno.

En contextos donde la violencia se prolonga durante largos periodos de tiempo, este proceso puede derivar en dinámicas de habituación social. “El público en general se ha acostumbrado a la violencia” (Ripoll, 2014). Esta habituación no implica necesariamente una aceptación explícita y consciente de los actos violentos. Sin embargo, sí puede producir una adaptación progresiva frente a su presencia constante en el entorno social. En determinados contextos, incluso algunas víctimas pueden llegar a ser consideradas socialmente como “muertes normales” (Ripoll, 2014).

Poco a poco, la violencia comienza a influir en la forma en que las personas organizan su vida cotidiana. Las decisiones sobre horarios, trayectos, espacios considerados seguros o comportamientos preventivos pueden verse condicionadas por la percepción del entorno. Este tipo de ajustes cotidianos no siempre responden a experiencias directas de victimización, sino a la interpretación general del contexto en el que se vive.

En el caso mexicano, donde la violencia ha ocupado un lugar central en el debate público durante varias décadas, esta dimensión adquiere una relevancia particular. La forma en que la violencia es percibida, discutida e interpretada en la sociedad influye directamente en la manera en que los ciudadanos comprenden su entorno y organizan su relación con el espacio social.

## **Normalización y desensibilización ante la violencia**

Es sumamente importante el concepto de desensibilización. La desensibilización se da cuando existe una exposición constante a contenidos violentos y, con el tiempo, disminuye la reacción emocional ante esos estímulos. Algo que al inicio causa alarma, miedo o indignación puede volverse esperado o normal cuando aparece día tras día, desde distintas formas y narrativas. (Jiménez, & Serrano, 2014).

En un primer momento, un hecho violento se percibe como algo excepcional; con la repetición, se comienza a percibir como un “así es cómo son las cosas”. Esto no significa indiferencia total, pero sí una reducción gradual de la capacidad de impacto emocional y una mayor tolerancia a la violencia.

Desde una perspectiva sociológica, la realidad social no es simplemente un reflejo objetivo de los hechos, sino una construcción social configurada por discursos, símbolos y narrativas. Autores como Berger y Luckmann (1966) sostienen que “la realidad se construye socialmente a través de procesos de interacción y repetición simbólica.” Cuando una conducta o fenómeno se repite constantemente en el espacio público, termina institucionalizándose y percibiéndose como si fuera parte del orden normal de las cosas.

La exposición constante en medios, música y ficción genera familiaridad. La familiaridad reduce la sensación de excepcionalidad.

Desde la psicología social, el concepto de desensibilización ha sido ampliamente estudiado en relación con la exposición a contenidos violentos. Este fenómeno puede vincularse con la teoría del aprendizaje social de Albert Bandura (1975). Este autor plantea que las conductas y actitudes no se adquieren únicamente por experiencia directa, sino también por observación de modelos. Cuando un individuo observa repetidamente que un modelo obtiene recompensas (estatus, poder, reconocimiento) a través de ciertas conductas, aumenta la probabilidad de que internalice dichas conductas como legítimas o funcionales.

La repetición de narrativas donde la violencia conduce a reconocimiento social contribuye a debilitar la respuesta moral automática de rechazo.

## **Narcotráfico y construcción cultural de la violencia**

En México, analizar el fenómeno que es el narcotráfico y su subsecuente, y creciente, “cultura”, es indispensable para comprender la violencia contemporánea. Esta economía ilícita opera al mismo tiempo como estructura económica ilegal, y sistema de poder territorial, todo lo cual produce símbolos implícitos. La figura del “narco” suele aparecer, en ciertas narrativas mediáticas, como alguien con acceso a dinero, estatus, respeto, pertenencia y poder, reforzando la idea de que la violencia puede funcionar como medio para obtener reconocimiento. Estas representaciones no se interpretan de manera idéntica por toda la población, pero sí forman parte del entorno cultural disponible, especialmente para jóvenes.

Para entender por qué la narcocultura adquiere esta fuerza simbólica, se debe hacer una contextualización histórica desde finales de los años setenta. Fue entonces cuando hubo un crecimiento importante del tráfico de drogas hacia Estados Unidos. Esto trajo consigo transformaciones económicas y sociales en regiones vinculadas a este fenómeno. (Astorga, 2016). En contextos de pobreza estructural y oportunidades limitadas, principalmente entre jóvenes mexicanos, esta economía ilícita empieza a aparecer como una vía de movilidad económica y ascenso social. Crea un terreno donde ciertos símbolos como el lujo, la ostentación, el prestigio y el poder armado adquieren relevancia aspiracional.

Es entonces cuando empieza a consolidarse una estética específica: vehículos de lujo, joyería excesiva, armas como símbolo de poder y una imagen de abundancia visible y performativa. Aparece también la figura de las “buchonas”, una dimensión de género y representación de las mujeres entendidas como modelos hipersexualizados ligados al lujo y a la cercanía con el poder narco, presentes en las calles, al igual que sus representaciones en videoclips, redes y series. (Castañón, 2024)

La narcocultura no se refiere solamente a las actividades ilícitas, como tráfico de drogas, sino al conjunto de símbolos, valores, estéticas, narrativas y formas de reconocimiento social que se construyen alrededor de ella. Se trata de un fenómeno cultural.

Hablar de narcocultura implica admitir y reconocer que este fenómeno ha producido referentes simbólicos propios, muy fuertes y presentes en la sociedad mexicana: códigos de lealtad, formas de vestir, estilos musicales, modelos de éxito, concepciones de poder e incluso representaciones de masculinidad y feminidad. (Astorga, 2016). Cuando una figura asociada a la violencia empieza a vincularse con éxito, estatus y admiración, la violencia deja de percibirse únicamente como algo condenable y comienza a situarse en una narrativa donde puede funcionar como deseable.

Para jóvenes que crecen en contextos donde las oportunidades formales de ascenso social son limitadas, esta narrativa puede aparecer como una alternativa de movilidad. Esto no significa que todos los jóvenes internalicen dicha lógica ni que deseen reproducirla, esta distorsión de la moralidad trabaja de manera inconsciente.

El problema entonces no es solo que la violencia exista, sino que sea representada como medio legítimo para alcanzar estatus. Cuando la violencia aparece asociada a reconocimiento, respeto o éxito económico, se produce un desplazamiento simbólico importante. Deja de verse únicamente como un acto destructivo y pasa a integrarse en una lógica de poder. Pasa de tener una denotación inconsciente negativa, a una positiva. Este desplazamiento constituye uno de los pilares centrales de normalización.

Desde los estudios del autor Bourdieu, la violencia simbólica opera precisamente a través de la naturalización de ciertas formas de poder, legitimando estructuras sociales y jerarquías que se perciben como normales (Bourdieu, 2007).

# Representaciones mediáticas del narcotráfico

## Narcocorridos y música popular

La música constituye uno de los mecanismos más influyentes de transmisión cultural. A diferencia de otros medios, su circulación cotidiana, su capacidad emocional y su presencia en contextos sociales —fiestas, reuniones, espacios públicos o consumo individual— permiten que ciertos relatos y símbolos se integren con facilidad en la vida diaria. (Marín, 2023). En México, los narcocorridos representan una de las expresiones culturales más visibles asociadas al fenómeno de la narcocultura.

Los corridos tradicionales han formado parte de la historia musical mexicana desde el siglo XIX. Originalmente, este género narraba acontecimientos históricos, hazañas militares, conflictos sociales o historias de personajes que desafiaban el orden establecido. Los protagonistas eran figuras que operaban fuera de la ley, pero que eran presentadas como personajes valientes, astutos o dignos de admiración el relato musical. (Dávila, 2013).

Con el paso del tiempo, esta tradición narrativa se adapta a nuevas realidades sociales. A partir de la segunda mitad del siglo XX, y con mayor fuerza desde finales de los años setenta y ochenta, a el corrido comienza a incorporar historias vinculadas al contrabando de drogas y a las dinámicas del narcotráfico. Este cambio marca el surgimiento de lo que posteriormente se conocerá como narcocorrido. (Dávila, 2013).

En este nuevo formato, las historias dejan de centrarse únicamente en hechos históricos o conflictos rurales y pasan a narrar trayectorias vinculadas al tráfico de drogas, las disputas entre

organizaciones criminales, la relación con autoridades y las formas de poder asociadas a este mundo. (Dávila, 2013).

Un antecedente relevante en este proceso es la canción “Camelia la Tejana”, interpretada por Los Tigres del Norte (1972). Este corrido introduce elementos narrativos que posteriormente se volverán recurrentes en el género: historias de contrabando, violencia, traición y desafío a la autoridad. Más allá del caso específico de esta canción, lo importante es que marca un momento en el que estos temas comienzan a consolidarse en la música popular.

Con el paso de los años, los narcocorridos evolucionan hacia relatos cada vez más explícitos. Muchas canciones comienzan a mencionar directamente nombres de líderes criminales, describir enfrentamientos armados, exaltar códigos de lealtad en las organizaciones criminales, y relatar estilos de vida asociados al poder económico y territorial. (Arce, 2015)

Otro elemento relevante del narcocorrido es su capacidad de circular en espacios sociales. Las canciones no se consumen únicamente de forma individual, sino también en contextos festivos o comunitarios donde los relatos musicales se comparten (por ejemplo, en las “fiestas de pueblo”), se cantan y se reproducen repetidamente. Se comienzan a integrar en todo el tejido social.

Para los jóvenes, que constituyen uno de los principales grupos consumidores de música popular, la exposición constante a estos relatos puede influir en la forma en que se interpretan ciertos conceptos asociados al poder, al respeto o al éxito social. La música posee una capacidad emocional particular que facilita la interiorización simbólica de los mensajes que transmite. Las melodías, los ritmos y las letras pueden reforzar la conexión emocional con las historias narradas, haciendo que estas resulten más memorables y significativas en el consumo cultural cotidiano. (Marín, 2023).

Esto no significa que el consumo de narcocorridos genere directamente comportamientos violentos. Si no que se busca comprender cómo estas expresiones culturales son participes en la

normalización y la construcción de marcos simbólicos a través de los cuales ciertos fenómenos sociales son interpretados, tales como la violencia.

## **Series y televisión**

A partir de los años 2000, la representación del fenómeno narco se expande con fuerza en las series de televisión. Producciones como *El Señor de los Cielos* (2013), *La Reina del Sur* (2011) o *Narcos México* (2018), contribuyen a consolidar una percepción social general donde la figura del narco aparece como dominante, deseable o admirada, y donde la violencia se integra como parte de un estilo de vida narrativamente atractivo. (Castillo Ponce, 2024)

Estas series suelen presentar personajes complejos, carismáticos y estratégicos. El narco se convierte en el protagonista narrativo. No es simplemente el antagonista; es el eje de la historia. La trama gira alrededor de su ascenso, sus decisiones estratégicas, sus enfrentamientos con rivales y sus conflictos con el Estado. El espectador observa el desarrollo de su poder a lo largo de múltiples temporadas, lo que refuerza su centralidad en el relato. (Verdad Campuzano, 2025)

A diferencia de las representaciones tradicionales del crimen en las que el delincuente aparece como figura marginal o secundaria, en estas narrativas el personaje principal es precisamente quien ejerce la violencia. Esto transforma la lógica del relato. El espectador no observa la historia desde la perspectiva de la ley o de las víctimas, sino desde el punto de vista del propio narco. La historia se cuenta desde su experiencia, sus motivaciones y sus conflictos. (Verdad Campuzano, 2025)

Estas series suelen mostrar su ascenso, sus conflictos familiares, sus traiciones y sus códigos de honor. El espectador conoce su humanidad, sus dilemas y sus motivaciones. Esto produce un fenómeno interesante: la empatía narrativa. Humaniza al antes “villano”. Al desarrollar al

personaje durante largos periodos de tiempo, las series permiten que el público comprenda su trayectoria personal, su contexto social y las decisiones que lo llevan a consolidar su poder, por lo que empatizan con sus circunstancias vitales.

Cuando una audiencia acompaña durante múltiples episodios la vida de un personaje, incluso si es violento, se produce identificación. En términos culturales, esto reduce la distancia moral. El personaje ya no aparece únicamente como responsable de actos violentos, sino también como alguien con emociones, relaciones personales y aspiraciones. (Verdad Campuzano, 2025)

Otro elemento central en estas producciones es la construcción de una estética específica asociada a la figura del narco. Las series suelen representar escenarios de lujo, vehículos de alto valor, mansiones, fiestas extravagantes y símbolos visibles de riqueza. Todos ellos asociados, como ya se ha mencionado, al poder del narco. Esta estética visual refuerza la asociación entre narcotráfico, abundancia económica y poder social.

La violencia se integra en la trayectoria del personaje como un recurso narrativo. Los enfrentamientos, las ejecuciones o las disputas entre grupos y personajes aparecen como parte del camino hacia la consolidación del poder. La violencia deja de presentarse como un acto condenable y comienza a percibirse como un elemento de la estructura de la historia, y la trayectoria vital del antihéroe.

La narrativa de estas series suele incorporar elementos dramáticos que refuerzan la construcción del personaje como figura poderosa. La lealtad en el grupo, la traición entre aliados, las relaciones sentimentales y los conflictos familiares forman parte del desarrollo del relato. Estos elementos contribuyen a construir una imagen compleja del personaje, donde, de nuevo, se humaniza a los personajes asociados a la historia, sin importar de los actos violentos.

La normalización de la violencia no ocurre únicamente a través de la repetición de actos violentos en pantalla, sino que también se produce mediante la forma en que estas narrativas

construyen significado alrededor de dichos actos. Cuando la violencia aparece vinculada a liderazgo, estrategia, riqueza o prestigio, puede integrarse en una lógica narrativa donde funciona como medio para alcanzar reconocimiento y poder de manera “justificada”.

## **Noticieros**

La cobertura informativa constituye otro de los espacios donde la violencia adquiere visibilidad pública. A diferencia de la música o de las series, cuyo objetivo principal es narrativo o cultural, los noticieros cumplen una función informativa, aquella de relatar acontecimientos considerados socialmente relevantes. Sin embargo, la manera en que estos acontecimientos aparecen de forma recurrente en el discurso mediático también influye en cómo la sociedad percibe la violencia en su entorno.

En contextos donde los hechos violentos ocurren con frecuencia, los medios de comunicación inevitablemente informan sobre ellos. Homicidios, enfrentamientos armados, desapariciones o detenciones vinculadas al crimen organizado forman parte de la cobertura periodística del día a día.

Este fenómeno puede analizarse a través de la teoría del agenda-setting, desarrollada por McCombs y Shaw (1972). Esta teoría plantea que los medios de comunicación no determinan necesariamente qué pensar sobre un tema, pero sí influyen en qué temas ocupan un lugar central en la conversación pública.

Para muchos ciudadanos, el contacto con la violencia ocurre principalmente a través de la información mediática. Aunque no hayan experimentado directamente ciertos hechos violentos, el conocimiento constante de estos acontecimientos forma parte de su experiencia indirecta.

## Redes sociales

Las redes sociales han transformado profundamente la manera en que circulan las representaciones culturales asociadas al fenómeno narco. A diferencia de los medios tradicionales, las plataformas digitales permiten una difusión mucho más rápida, fragmentada y constante de contenidos. En este entorno, las narrativas sobre poder, riqueza, violencia o estatus no se transmiten únicamente a través de relatos completos, sino mediante fragmentos breves de contenido que se reproducen y circulan continuamente.

En plataformas como TikTok, Instagram, YouTube o Facebook es común encontrar fragmentos de narcocorridos, escenas de series centradas en el narcotráfico, videos que muestran estilos de vida asociados al lujo, así como memes o audios viralizados que hacen referencia a figuras del mundo narco. No se trata necesariamente de contenidos explícitamente violentos, sino de representaciones que integran la violencia en una estética cultural que se presenta como atractiva, llamativa o aspiracional.

Un joven en redes sociales se puede encontrar con referencias relacionadas con la narcocultura en distintos formatos a lo largo del día: una canción utilizada como fondo de un video, un fragmento de una serie convertido en meme, una imagen asociada al lujo o un audio viral que hace alusión a figuras del mundo narco. Cada uno de estos elementos aparece de manera breve, pero su repetición constante contribuye a consolidar determinados símbolos en el espacio cultural.

La repetición es un elemento clave en el proceso de normalización. Cuando ciertos contenidos aparecen con frecuencia en el entorno digital, se vuelven progresivamente familiares para quienes los consumen. Las redes sociales entonces pueden funcionar como espacios de reproducción simbólica de la violencia, ya que la circulación constante de imágenes, relatos y referencias violentas contribuye a su normalización cultural. Como señala Mata, “la constante

circulación de contenidos violentos en redes sociales contribuye a que estos se perciban como parte de la cotidianidad”.

Otro elemento que contribuye al fenómeno es la forma en que las redes sociales difuminan la frontera entre información, entretenimiento y cultura popular. Un mismo usuario puede consumir en pocos minutos noticias sobre hechos violentos (noticieros), videos musicales (narcocorridos), fragmentos de series y contenido humorístico relacionado con el mismo fenómeno. La posibilidad de compartir, comentar e interactuar con estos contenidos también facilita que las narrativas se reproduzcan en redes de interacción virtual y social.

Para los jóvenes, que suelen ser usuarios intensivos de estas plataformas, este flujo constante de contenidos es parte de su experiencia mediática cotidiana. La exposición reiterada a estos símbolos no implica necesariamente la aceptación o reproducción de la violencia, pero sí puede influir en la manera en que estos fenómenos se perciben en el entorno cultural. De hecho, existen estudios que han descubierto que la exposición constante a contenidos violentos en entornos digitales puede generar procesos de desensibilización emocional (De Choudhury, Monroy-Hernández y Mark, 2014).

## **Juventud y consumo mediático de la violencia**

El rango de edad, entre los 15 y los 29 años, es sumamente relevante para el análisis de este trabajo porque coincide con una etapa clave del desarrollo individual caracterizada por procesos de construcción identitaria. Desde la psicología evolutiva se estudia que durante la adolescencia y la adultez temprana las personas atraviesan un periodo en el que se consolidan valores, aspiraciones, modelos de referencia y formas de comprender el lugar que se ocupa en la sociedad. Autores como Erikson (1968) han planteado que una de las tareas centrales de esta

etapa consiste en la formación de la identidad personal en relación con los referentes sociales disponibles en el entorno cultural.

La exposición constante a entornos violentos puede afectar la manera en que los jóvenes interpretan estas experiencias. De acuerdo con Galán Jiménez et al. (2022), “la exposición reiterada a contextos violentos puede generar procesos de desensibilización que modifican la percepción de la violencia en los jóvenes”.

Durante este periodo de desarrollo, los jóvenes desarrollan una comprensión más compleja de sí mismos, y también exploran diferentes modelos de pertenencia, reconocimiento y éxito. Los jóvenes buscan figuras con las cuales identificarse, comparan trayectorias posibles de vida y construyen narrativas sobre lo que significa tener poder, prestigio o aceptación social (Bandura, 1975). En este proceso, los referentes simbólicos presentes en su entorno cultural adquieren un peso significativo, ya que contribuyen a definir qué comportamientos se perciben como exitosos, y dignos a seguir.

En el contexto del mundo contemporáneo, el consumo de medios es un elemento central de la construcción simbólica de identidad. La música, las series de televisión, los contenidos en redes sociales funcionan como entretenimiento, y también como espacios en los que circulan narrativas sobre el poder, el prestigio, el reconocimiento social y las posibles formas de éxito.

Esto no significa que los jóvenes adopten automáticamente estos modelos ni que deseen reproducirlos de manera directa y consciente. Sin embargo, sí implica que estas narrativas contribuyen a configurar el marco cultural en el cual se interpretan conceptos como prestigio, respeto o reconocimiento.

En contextos donde la violencia forma parte de la vida cotidiana, los jóvenes pueden llegar a integrarla en sus interacciones sociales. De hecho, algunos estudios muestran que “los jóvenes normalizan un lenguaje violento en la convivencia con sus pares, así como las distintas acciones agresivas y brutales en su comunidad” (Valente Beltrán et al., 2023)

## **Discusión**

A partir de lo analizado durante este trabajo, se puede decir que la normalización de la violencia entre jóvenes en México no depende únicamente de la existencia objetiva de altos niveles de criminalidad. Parte de esta normalización se le puede atribuir también a la forma en que esa violencia es percibida, interpretada y representada en la sociedad.

Uno de los aspectos más relevantes que se ha tocado este trabajo, es la distancia que puede existir entre la violencia registrada y la percepción social de inseguridad. Los datos oficiales permiten dimensionar la magnitud del problema y evidencian que la violencia delictiva sigue siendo una realidad profundamente arraigada en el contexto mexicano. Sin embargo, estas cifras no explican por sí solas cómo las personas interpretan el entorno en el que viven.

Ya se ha aclarado la manera en que la violencia no impacta únicamente cuando se experimenta de forma directa, sino también cuando se vuelve una presencia constante en el discurso público, lo cual es inevitable debido a la presencia objetiva de la criminalidad en el país, y de la percepción social que tienen estos hechos delictivos posteriormente.

Esto es especialmente relevante en el caso de México, donde la violencia ha ocupado durante décadas un lugar central en el debate social y mediático. La población convive con la existencia de homicidios, desapariciones, enfrentamientos, secuestros, y también con su permanente circulación en el espacio mental social o consciencia colectiva. La violencia se escucha en

conversaciones cotidianas, aparece en noticias, se comenta en redes sociales y se representa en distintos formatos culturales, como los analizados durante el trabajo, series de televisión, música popular, etc. A través de la repetida y constante presencia de estos temas, deja de percibirse como un evento, algo que pasa “de vez en cuando”, y comienza a integrarse al entorno, de manera que ya es aproximado como algo ordinario por la población. Por todo esto, el fenómeno violento deja de ser visto como exclusivamente criminal, y adquiere también una dimensión cultural, que sobrepasa el material.

La incorporación social y simbólica de la violencia no ha ocurrido de forma automática, pero sí de manera progresiva y constante. La repetición de violencia o hechos violentos en el espacio público, es decir la propia comisión de delitos, junto con su presencia en distintos medios y las narrativas que estos crean, ayuda a la familiarización del fenómeno en la vida de las personas.

Esta familiaridad es importante porque modifica poco a poco la forma en que la violencia se percibe. Su fuerza no está en un cambio brusco, visible o fácilmente identificable, sino precisamente en lo contrario: en su capacidad para, de manera gradual, silenciosa y constante integrarse en la vida cotidiana. Cuando la exposición a la violencia se repite una y otra vez, el impacto inicial que esta genera comienza a transformarse. Lo que en un primer momento provoca miedo, rechazo, indignación o sorpresa, con el tiempo puede empezar a sentirse menos excepcional. No porque la violencia deje de ser grave, sino porque su presencia continuada reduce la capacidad de reacción inmediata frente a ella. Por eso, el proceso es delicado, ya que las inhibiciones sociales y morales con las que muchas personas crecen frente a la violencia no desaparecen de un día para otro, sino que se van eliminando de manera progresiva, casi imperceptible y, muchas veces, sin que la persona sea plenamente consciente de ello.

Precisamente ahí reside uno de los elementos más preocupantes del fenómeno. La normalización de la violencia no suele imponerse mediante una aceptación abierta o deliberada, sino mediante una habituación sostenida que debilita poco a poco la distancia emocional y moral que originalmente existía frente a los actos violentos. A fuerza de repetición, la violencia deja de sentirse ajena. Se vuelve reconocible, familiar e incluso predecible. Empieza a formar parte de

aquello que se espera del entorno, de aquello que “pasa” y que, por tanto, deja de romper por completo la percepción de normalidad. Este cambio es profundamente significativo porque altera la relación de la persona con su contexto social: ya no se enfrenta a la violencia como a una irrupción extraordinaria, sino como a una posibilidad constante integrada en su horizonte cotidiano. Dicho de otra manera, la violencia no solo se observa; se incorpora como parte del paisaje.

Cuando esto ocurre en contextos donde además existen narrativas que vinculan la violencia con poder, reconocimiento, riqueza o estatus, el problema se vuelve todavía más complejo. La familiaridad reduce el impacto negativo inicial, y abre espacio para que la violencia pueda resignificarse. Deja de percibirse exclusivamente como destrucción o amenaza y puede empezar a ser leída, en determinados relatos, como herramienta, estrategia o recurso. Esto no significa que toda persona expuesta a estas narrativas termine justificando conscientemente la violencia, pero sí implica que el marco simbólico desde el cual la interpreta cambia. La violencia comienza a circular en significados más ambiguos, donde ya no ocupa únicamente el lugar de lo condenable, sino también el de lo funcional o incluso lo admirado en ciertos contextos culturales. Justamente por eso el proceso es tan peligroso: porque actúa sin necesidad de anunciarse, sin una ruptura clara, sin un momento preciso en el que pueda decirse que “todo cambió”. Cambia, pero cambia despacio, sin que se perciba.

Esto causa que esta familiaridad no debe entenderse como algo superficial o menor, sino como uno de los mecanismos centrales a través de los cuales la violencia puede integrarse en la experiencia cotidiana. No transforma necesariamente las convicciones profundas de manera inmediata, pero sí modifica las sensibilidades, los umbrales de tolerancia y las formas de interpretación.

Esto no implica que la sociedad apruebe conscientemente la violencia, pero sí que la exposición prolongada puede generar cierta adaptación frente a su presencia constante.

En este contexto, la narcocultura aparece como un elemento central para comprender por qué la violencia se mantiene presente en México, y por qué en algunos casos llega a adquirir significados aspiracionales. Como se ha mencionado en el marco teórico, el fenómeno narco no se limita únicamente a una estructura criminal vinculada al tráfico de drogas, ni otras actividades ilícitas. Ni siquiera con la figura del crimen simplemente. Si no que también ha producido una serie de símbolos, estéticas y narrativas que circulan con fuerza en el espacio cultural. Estas representaciones contribuyen a construir una imagen particular del narcotraficante, asociada en muchos relatos al dinero, al poder, al respeto y al control territorial.

Al mismo tiempo, más allá de las características aspiracionales asociadas a la narcocultura, las narrativas mediáticas, tanto de entretenimiento como informativas, también desempeñan un papel importante en la forma en que las personas interpretan a los personajes vinculados al narcotráfico. A través de distintos formatos, estas narrativas presentan hechos violentos o estilos de vida asociados al poder narco, y construyen historias que permiten al público acercarse a los protagonistas desde una perspectiva más personal. De esta manera, el espectador deja de percibir al narco únicamente como una figura abstracta asociada al crimen y comienza a verlo como un personaje con historia, contexto y motivaciones propias.

Este proceso narrativo facilita la aparición de un fenómeno particularmente relevante: la empatía narrativa. Cuando los medios presentan trayectorias completas —infancias difíciles, contextos de pobreza, traiciones, luchas por sobrevivir o conflictos familiares— el público empieza a comprender las circunstancias que rodean a estos personajes. Las historias no se limitan a mostrar la violencia en sí misma, sino que la insertan en un relato más amplio que busca explicar cómo y por qué un individuo llega a ocupar ese lugar en el mundo criminal. De esta forma, la violencia deja de aparecer como un acto completamente incomprensible o irracional y comienza a interpretarse en un marco narrativo que le otorga sentido.

Esta construcción narrativa no necesariamente implica que la audiencia apruebe o celebre explícitamente los actos violentos que estos personajes cometen. Sin embargo, sí puede generar

una forma de comprensión emocional que reduce la distancia moral entre el espectador y el protagonista. Cuando el público conoce los obstáculos, las carencias o los conflictos que enfrentan estos personajes, puede comenzar a percibir sus decisiones en una lógica más compleja, donde la violencia aparece como una respuesta a determinadas circunstancias sociales o personales. En ese punto, la violencia no siempre se percibe únicamente como agresión gratuita, sino también como una estrategia de supervivencia, defensa o ascenso en un entorno hostil.

Las series de televisión centradas en el narcotráfico son un ejemplo particularmente claro de este proceso. A diferencia de otros formatos mediáticos más breves, las series permiten desarrollar personajes durante largos periodos de tiempo. Esta exposición prolongada favorece la construcción de vínculos emocionales entre la audiencia y el personaje. Como resultado, la violencia se integra en un relato más amplio donde puede llegar a parecer coherente o incluso inevitable en la lógica de la historia. Por lo tanto, como se ha concluido anteriormente, todas estas narrativas humanizadas, impulsan la empatía narrativa, y acercan al público al personaje. Se ganan el “cariño” de la comunidad.

Algo similar ocurre con otros formatos culturales, como los narcocorridos. La historia suele presentar su ascenso en un contexto de peligro constante, donde la violencia se describe como parte del entorno en el que se mueven estos personajes. A través de este tipo de narrativas, el narco no se presenta únicamente como alguien que ejerce violencia, sino como un actor que navega un mundo lleno de amenazas, traiciones y disputas por poder. Esta forma de contar la historia contribuye a que el público interprete sus acciones en un marco narrativo que enfatiza la astucia, el coraje o la resiliencia del protagonista.

Este proceso no implica necesariamente una justificación consciente o explícita de la violencia por parte del espectador. Sin embargo, sí puede generar un cambio sutil en la forma en que se interpretan estos actos.

El impacto de estas narrativas no reside únicamente en el contenido violento que presentan, sino en la forma en que estructuran las historias que rodean a esos actos. Al humanizar a los personajes, al explicar sus motivaciones y al mostrar sus trayectorias personales, los medios generan condiciones para que el público establezca formas de identificación o comprensión emocional con ellos.

La presencia constante de estos referentes en el espacio cultural contribuye a que dichos modelos formen parte del repertorio simbólico disponible para los jóvenes. En otras palabras, la narcocultura no determina automáticamente comportamientos individuales, pero sí influye en la forma en que ciertos conceptos pueden llegar a interpretarse.

Los noticieros cumplen una función relevante, la de informar. La cobertura constante de estos hechos violentos también contribuye a mantener la violencia como tema central en la conversación pública. La teoría del agenda-setting permite comprender cómo la reiteración mediática puede influir en la percepción colectiva del problema, reforzando la idea de que la violencia constituye un elemento permanente del entorno social.

Las redes sociales intensifican todavía más este proceso. Esta exposición constante en las redes no necesariamente implica una reflexión profunda sobre el contenido, pero sí contribuye a que ciertos símbolos se vuelvan progresivamente familiares.

Para los jóvenes, este flujo constante de contenidos es algo a lo que están fuertemente acostumbrados, es su experiencia mediática de todos los días, durante casi toda su vida. La violencia y la estética narco pueden integrarse en la cultura visual cotidiana, incluso cuando aparecen en formatos aparentemente ligeros o humorísticos. De esta manera, las redes sociales reproducen narrativas ya existentes, y aceleran su circulación y amplifican su presencia en el espacio cultural.

La relevancia del grupo de edad analizado, entre los 15 y los 29 años, se entiende mejor a partir de esta dinámica. Durante estos años, los referentes culturales disponibles en el entorno social adquieren un peso significativo en la forma en que se interpretan nociones como poder, éxito o reconocimiento.

Entonces, la teoría del aprendizaje social de Bandura ofrece un marco útil para comprender cómo ciertos modelos pueden influir en la percepción de los individuos. Las personas no necesitan experimentar directamente una conducta para considerarla como posible; basta con observar que ciertos modelos obtienen recompensas simbólicas a través de ella. Cuando distintas narrativas culturales presentan personajes violentos asociados a prestigio o liderazgo, esas asociaciones pueden incorporarse dentro de la percepción social, incluso sin traducirse en comportamientos concretos.

El análisis sugiere que la normalización de la violencia entre jóvenes en México debe entenderse como un fenómeno complejo en el que se unen muchísimos factores. No se trata de un proceso causado por un único elemento ni de una consecuencia directa del consumo mediático, no se pueden hacer relaciones causales directas en este sentido.

Así que se puede decir que la violencia no se reproduce únicamente a través de actos materiales, sino también a través de significados. Las formas en que se representa se narran y se integra en la cultura influyen en la manera en que las sociedades interpretan estos fenómenos. En el caso mexicano, la presencia constante de narrativas vinculadas al narcotráfico y a la violencia contribuye a explicar por qué estos fenómenos pueden llegar a percibirse como parte estable del entorno social.

# Conclusiones

Este trabajo tuvo como objetivo analizar de qué manera el narcotráfico y sus representaciones mediáticas contribuyen a la normalización de la violencia entre jóvenes en México. Partiendo de la revisión teórica realizada y del análisis de distintos espacios de representación cultural, se puede concluir que la violencia en el contexto mexicano no debe entenderse únicamente como un fenómeno delictivo medible en términos estadísticos, sino también como una realidad profundamente atravesada por procesos culturales y simbólicos.

La intención del trabajo era mostrar que la violencia puede integrarse en la experiencia social a través de múltiples vías. Además de su presencia material en hechos delictivos concretos, también circula mediante narrativas mediáticas, referencias culturales y representaciones que influyen en la forma en que las personas interpretan su entorno.

El análisis permite observar que la violencia puede adquirir distintos significados dependiendo de los marcos culturales a través de los cuales se representa. En el caso de la narcocultura, el narcotráfico ha producido una serie de símbolos y narrativas que vinculan el poder con elementos como riqueza, prestigio, control territorial o reconocimiento social. Estas representaciones no determinan automáticamente comportamientos individuales, pero sí contribuyen a configurar el entorno simbólico en el que se construyen determinadas percepciones sobre el poder y el éxito.

El trabajo también muestra que los medios de comunicación y las plataformas digitales desempeñan un papel importante en la difusión de estas narrativas. La música popular, las series de televisión, los noticieros y las redes sociales constituyen espacios donde la violencia y las figuras asociadas al narcotráfico adquieren visibilidad cultural. A través de su circulación

constante en estos medios, dichas representaciones pueden convertirse en referencias familiares en la percepción social.

Sin embargo, este trabajo no plantea una relación causal directa entre consumo mediático y comportamientos violentos. El objetivo ha sido analizar cómo ciertas representaciones culturales contribuyen a construir marcos interpretativos en la sociedad. Por lo tanto, la normalización de la violencia debe entenderse como un proceso social complejo en el que intervienen factores estructurales, culturales y mediáticos.

Entre las limitaciones del estudio destaca su carácter principalmente teórico y cualitativo. A pesar de que este enfoque permite explorar la dimensión simbólica del fenómeno, no permite medir empíricamente el impacto concreto de cada tipo de representación mediática en la población joven. Por eso, futuras investigaciones podrían complementar este análisis mediante estudios empíricos que examinen con mayor detalle la relación entre consumo mediático, percepción de inseguridad y construcción de identidad en distintos contextos sociales.

Del mismo modo, sería relevante profundizar en cómo diferentes grupos de jóvenes interpretan estas representaciones culturales y qué factores sociales, económicos o territoriales influyen en esas interpretaciones. Analizar estas diferencias permitiría comprender con mayor precisión de qué manera los significados asociados a la violencia se construyen y circulan en la sociedad mexicana.

En conclusión, comprender la violencia contemporánea en México requiere ir más allá de los datos delictivos y atender también a las formas en que esta se representa, se discute y se incorpora en la vida social. La narcocultura y sus representaciones mediáticas no explican por sí solas la persistencia de la violencia, pero sí permiten entender cómo ciertos símbolos y narrativas contribuyen a que esta se vuelva culturalmente visible, interpretable y, normalizada en el entorno social.

## Referencias

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2025, 1 de agosto). *Defunciones por homicidio. Datos preliminares enero-diciembre 2024 (Comunicado de prensa 113/25)*. INEGI. [https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/edr/DH2024\\_RR\\_Ene-dic.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/edr/DH2024_RR_Ene-dic.pdf)
- De Choudhury, M., Monroy-Hernandez, A., & Mark, G. (2014, April). “Narco” emotions: Affect and desensitization in social media during the Mexican drug war. *Proceedings of the SIGCHI Conference on Human Factors in Computing Systems*, 3563–3572.
- El País. (2025, 21 de enero). *México vuelve a contar más de 15 000 asesinatos en el primer semestre de 2024*. El País. <https://elpais.com/mexico/2025-01-21/mexico-vuelve-a-contar-mas-de-15000-asesinatos-en-el-primer-semestre-de-2024.html>
- Galán Jiménez, J. S. F., Calderón Mafud, J. L., Sánchez-Armás Cappello, O., & Guzmán Sescosse, M. (2022). Exposición y desensibilización a la violencia en jóvenes mexicanos en distintos contextos sociales. *Acta de Investigación Psicológica*, 12(3), 5–17.
- Gamlin, J. B., & Hawkes, S. J. (2018). Masculinities on the continuum of structural violence: The case of Mexico’s homicide epidemic. *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society*, 25(1), 50–71.
- Gobierno de México. (2025, junio). *Disminuye 25.8 % el homicidio doloso de septiembre 2024 a mayo 2025; representan 22 homicidios diarios menos: Presidenta*. Presidencia de la República. <https://www.gob.mx/presidencia/prensa/disminuye-25-8-el-homicidio-doloso-de-septiembre-2024-a-mayo-2025-representan-22-homicidios-diarios-menos-presidenta>
- Hernández, G. B., Noriega, J. Á. V., & Zaragoza, M. R. (2012). Conducta antisocial, alienación y anomia en jóvenes infractores y jóvenes sin oportunidades. *La Psicología Social en México*, 13, 129–134.
- INEGI. (s. f.). *Número de personas matriculadas en nivel superior por entidad federativa, sexo y ciclo escolar 2020–2025*. Tabulados interactivos. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. <https://www.inegi.org.mx/app/tabulados/interactivos/?pxq=ac13059d-e874-4962-93bb-74f2c58a3cb9>
- López, D. C. V., Niño, I. I. B., & García, G. M. (s. f.). La normalización de la violencia: Otra dimensión de la pobreza urbana. *Investigación en Ciencias Administrativas*, 275.
- Mata, T. C. (s. f.). Normalización de la violencia en redes sociales: Percepciones de jóvenes universitarios. *Retos y oportunidades para la inteligencia artificial en la educación*, 294.
- Villatoro, C. V. C. (2013). Aspectos socioculturales e imágenes del narcotráfico. *Imagonautas*, 3(1), 56-75.
- Navarro, A. G. A., & Vázquez, E. G. L. (2022). Análisis del sistema penitenciario mexicano y los retos de la reinserción social. *Archivos de Criminología, Seguridad Privada y Criminalística*, (29), 75–86.
- Olivera-Villarroel, S. M., & López, M. G. R. (2022). Normalización de la violencia machista en México: Cómo la perciben las mujeres y qué factores intervienen. *Poiésis*, (43), 15–30.
- Ortega, M. D. L. G., & González, E. Á. (s. f.). El uso lexical para la configuración de la violencia de género en los medios de comunicación en México. *El Léxico*, 177.

- Ripoll, J. L. (s. f.). *Las zonas sin ley y la normalización de la violencia en México y Colombia*.
- Smith, S. L., & Donnerstein, E. (1998). Harmful effects of exposure to media violence: Learning of aggression, emotional desensitization, and fear. In R. G. Geen & E. Donnerstein (Eds.), *Human Aggression* (pp. 167–202). Academic Press.
- Teichman, J. (2012). Violent conflict and unequal development: The case of Mexico. In J. Teichman, *Economic Development Strategies and the Evolution of Violence in Latin America* (pp. 41–69). Palgrave Macmillan US.
- Chacón Castañón, A. (2024). Buchonas: cuerpos en construcción, una mirada desde la narcocultura. *Contracorriente: Una Revista de Estudios Latinoamericanos*, 22(1).
- Tenorio Colón, K. N. (2022, mayo). *Evolución del secuestro en México (2017–2021)* [Carpeta informativa No. 195]. Dirección General de Finanzas, Cámara de Diputados LXV Legislatura.
- Valente Beltrán, M. D. C., Quintero Romero, D. M., & Méndez Cadena, M. E. (2024). *La normalización de la violencia en jóvenes de secundaria y su impacto socioambiental: El caso de Chichihualco, Guerrero*.
- Castillo Ponce, J. (2024). Análisis criminológico de narco series como incitador de la delincuencia organizada en niños y adolescentes de nivel educativo básico y medio superior en Puebla. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla <https://hdl.handle.net/20.500.12371/20971>
- Cámara de Diputados LXV Legislatura. (2022, mayo). *Evolución del secuestro en México (2017–2021)* [Carpeta informativa No. 195]. Dirección General de Finanzas. <https://portalhcd.diputados.gob.mx/PortalWeb/Micrositios/8cca054c-f226-4b02-83d9-2479aac2b41b.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2025, 1 de agosto). *Defunciones por homicidio. Datos preliminares enero–diciembre 2024 (Comunicado de prensa 113/25)*. INEGI. [https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/edr/DH2024\\_RR\\_Ene-dic.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/edr/DH2024_RR_Ene-dic.pdf)
- Verdad Campuzano, D. (2025). Análisis del modelo del antihéroe desde la perspectiva de la sociedad mexicana: 2015-2020. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. <https://hdl.handle.net/20.500.12371/28714>
- Astorga, L. (2016). El siglo de las drogas (nueva edición): Del Porfiriato al nuevo milenio
- Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. (2025). *Incidencia delictiva del fuero común 2015–2025*. Gobierno de México. [https://datos.gob.mx/dataset/incidencia\\_delictiva](https://datos.gob.mx/dataset/incidencia_delictiva)
- FRIAS AGUILAR, F. R. A. N. C. I. S. C. O. (2020). Narco Teleseries en México: Análisis del impacto de contenidos altamente violentos en ciudadanos del Estado de México.
- Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. (2025). *Incidencia delictiva del fuero común. Cifras por entidad federativa*. Gobierno de México. <https://www.gob.mx/sesnsp>
- Marín, J. S. (2023). Influencia de la música en el comportamiento de los adolescentes. *Ciencia y Academia*, (4).
- Gabinete de Seguridad. (2025). *Reporte diario de homicidios dolosos*. Gobierno de México. <https://gabinetedeseguridad.gob.mx/homicidios>
- Observatorio Nacional Ciudadano. (2025). *Observatorio Interactivo de Incidencia Delictiva*. ONC. <https://delitosmexico.onc.org.mx>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2025, 25 de septiembre). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2025. Principales*

resultados. INEGI.

[https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/ENVIPE/ENVIPE\\_25\\_RR.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/ENVIPE/ENVIPE_25_RR.pdf)

- Arce, J. M. V. (2015). *Jefe de Jefes: corridos y narcocultura en México*. El Colegio de la Frontera Norte
- Jackson, J. (2006). Introducing fear of crime to risk research. *Risk analysis: an international journal*, 26(1), 253-264.
- Dávila, C. J. B. (2013). Narcocorridos: antecedentes de la tradición corridística y del narcotráfico en México. *Studies in Latin American Popular Culture*, 31(1), 157-183.
- McCombs, M., & Shaw, D. (1972). *The agenda-setting function of mass media*. *Public Opinion Quarterly*.
- Bandura, A. (1975). Análisis del aprendizaje social de la agresión. *Emilio Ribes Iñesta y Albert Bandura (recop.), Modificación de conducta: análisis de la agresión y la delincuencia*. México, Trillas
- Bandura, A., & Hall, P. (2018). Albert bandura and social learning theory. *Learning theories for early years*, 78, 35-36.
- Desensibilización a la violencia una revisión teórica para la delimitación de un constructo. *Uaricha*, 11(25), 70-81.
- Berger, P., & Luckmann, T. (1996). Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. *Estudios públicos*, (63).
- Erikson, E. H. (1968). *Identity youth and crisis* (No. 7). WW Norton & company.
- Berger, P., & Luckmann, T. (2016). The social construction of reality. In *Social theory re-wired* (pp. 110-122). Routledge